

"Yo fui un ladrón". Truco: "Toco" o "Mocho" (Quinto de lotería)

Elite, 1951-05-12.

(Relato de "Orlando")

Juan Antonio Ramírez es dueño de una hacienda en Apure. Ha llegado a Caracas para terminar de comprar unos terrenitos que quedan a la vera de unos pastos suyos "mu güenos". Tiene la dirección del doctor que vende las tierras, y la verdad es que el negocio está casi hecho. Pero para escribir el nombre en los papeles hay que andar con mucho cuidado, "cuantimás cuando hay riales por medio"... "Que si dicen que Caracas que se ha puesto muy malo". Nada de cargar reales; cuando todo está listo, se va al Banco y se saca la plata... En este miércoles por la mañana, Juan Antonio va al Banco Industrial y Agrícola, y hace cola frente a un letrado que dice: "Cuentas Corrientes". Es un hombre alto, corpulento, de aire bonachón y hablar muy sosegado. Tiene unos 40 años, y un bigote enorme y negrísimo; viste liqui-liqui y sombrero. Mira a todos lados con aire curioso e inteligente; pero no tanto como para darse cuenta que también le observan a él...

Juan Antonio ha cobrado sus reales y sale del Banco. Apenas a recorrido dos cuadras, está cerca de Santa Teresa, cuando le abordan:

– Podría decirme dónde queda la casa del doctor Pérez Medina...

El sujeto es un pobre diablo, medio gago, que parece puesto en las calles de Caracas por casualidad. Pronto se da cuenta Juan Antonio que es un campesino que anda perdido por Caracas. Tiene toda la pinta de un peón de hacienda que llega por primera vez a la capital. No. Juan Antonio no conoce al doctor... El gago, un poco azarado, pregunta al mismo tiempo a un ciudadano que casi pasa rozándoles:

– ¿Usted conoce por casualidad dónde queda la oficina del doctor Pérez Medina?...

– Sí... Bueno, la cosa es que yo conozco a dos de ese nombre: uno, que es doctor, que tiene la Clínica como a... ocho cuadras de aquí, y otro, que tiene una Agencia de lotería, queda ahí cerquita...

– Ese, ése... Muchas gracias, caballero. Y ya que han sido tan amables –dice el gago dirigiéndose al informante y a Juan Antonio– ¿podrían hacerme un gran favor?... La cosa es que yo tengo que ver al doctor Pérez Medina para un asunto "mu" importante, y me gustaría que me acompañaran como testigos. Por la molestia yo les daría a ustedes 20 bolívares a cada uno...

Juan Antonio ha comprendido que es un hombre en apuros, y sabe que es desagradable caer con problemas en la ciudad. Además, el ciudadano que conoce al doctor se ha apresurado a ofrecerse:

– Para mí, no hay necesidad que me pague, estoy a la orden, un favor se le hace a cualquiera; si el caballero quiere cobrar...

– De ninguna manera –se apresura a contestar Juan Antonio–. Vamos allá...

En el trayecto se le acerca el ciudadano, y con aire malicioso le dice refiriéndose al campesino, que camina detrás, mirando asustado a todas partes: ¿qué querrá, qué irá a hacer este hombre en la Agencia...?"

Juan Antonio también está picado de curiosidad, y ambos resuelven averiguar el motivo de su intervención. El campesino se resiste a decir nada. Su madre le dijo que desconfiara de todos, porque hasta el patrón suyo quiso engañarle... "Porque la cosa es que yo compré unos "boletos" de lotería... Y el campesino contó con ingenuidad que días más tarde se presentó el mismo señor que le vendió los "boletos", con un "papel de esos grandes, llenos de números", y que su patrón quiso comprarle el "boleto" por un "bojítico de billetes así"... y una marrana que estaba a punto de parir...

La mamá del campesino debía sin duda de tener alguna experiencia de esto, puesto que recomendó a su hijo que no vendiera el billete, y que fuera a Caracas, a casa del doctor Pérez Medina, "que aquél sí, iba darle completo el dinero, ¡mucho plata!"...

Cuando de nuevo dejaron rezagado al campesino, el ciudadano habló confidencialmente a Juan Antonio. ¿Estaría premiado el billete?... Primero podían cerciorarse al pasar por cualquier Agencia, y después, si era verdad, podían comprarle el billete de lotería por algunos reales. Juan Antonio oyó la proposición con alguna frialdad. A medida que iba hablando el ciudadano, fué diciendo para sí: "¡qué caray!... negocio es negocio. Este hombre irá contento a su casa con unos billetes. ¡No se debe desaprovechar la oportunidad de ahorrar unos reales! Además, nadie se entera... Ni el mismo campesino lo sabrá nunca"... Y Juan Antonio y el ciudadano han llegado confidencialmente a un acuerdo: van a ofrecer al campesino unos billetes, si lo que ellos suponen del premio es verdad.

Entonces le hacen mostrar su billete y toman nota del número y la fecha. Son cinco quinticos. El campesino desconfía de todo el mundo, y vuelve a guardarlos apresuradamente envueltos en un pañuelo, junto con unos pocos reales y unos papeles. En la primera Agencia de lotería que encuentran, Juan Antonio y el ciudadano se fijan en la Lista...

¡Si es el primer premio! El campesino está parado a dos metros de ellos, fijándose en una vitrina. A Juan Antonio se le abren los ojos tamaños y calcula la ganancia: "podemos ofrecerle mil bolos"... Pero el ciudadano es más clemente: "pueden ser dos o tres mil, no importa; esos quinticos valen más de diez"...

Entonces le proponen al campesino: Para cobrar esos reales, él tendrá que presentar papeles, credenciales, etc. "¿Usted carga su cédula?"... El campesino no lleva nada más que sus quinticos. Entonces le hacen ver la dificultad de cobrar, aunque los dos le acompañen. ¿Por qué no les vende a ellos los quintos y ellos se encargan de cobrarlos después? El campesino se resiste primero, después pregunta por la cantidad que le van a dar, y al fin se deja convencer. Juan Antonio cambia una mirada de inteligencia con el ciudadano y está pensando en que los terrenitos aquellos le van a salir gratis...

Juan Antonio y el ciudadano han quedado conformes en que le darán al campesino 2.000 bolívares entre los dos. Juan Antonio lleva allí mismo su parte, pero el ciudadano necesita llegar hasta casa para recoger la plata. Este propone entonces que sean ellos quienes guarden los quinticos desde entonces. El campesino desconfía de él, pero puede dejárselos a Juan Antonio, mientras él acompaña al ciudadano a su casa. Pero al

entregarle los quinticos el campesino extrema su desconfianza hasta hacérselos colocar dentro de su cartera, junto a su plata; además quiere que vaya envuelto el paquete de ésta y la otra manera, como le recomendó su mamá que llevara el dinero. El ciudadano le hace un signo de inteligencia, riéndose un poco de la obstinada tontería del campesino y Juan Antonio se deja hacer...

El campesino coje la cartera en sus manos, coloca los quinticos entre la plata, envuelve todo en un pañuelo, hace dos o tres nudos, y le dice a Juan Antonio: "¡Póngalo aquí, ¡eh!, ¡así!...", y mete el paquete en el bolsillo interior de su saco. "Vuelve a entregárselo a Juan Antonio haciéndole otras mil recomendaciones y campesino y ciudadano van a buscar los reales a su casa...

Juan Antonio calcula sus ganancias y se ríe de la ingenuidad del pobre peón. Si recibe toda la plata, alguien se encargará de quitársela de todos modos. De esta manera, quienes se quedan con ella van a ser él y el ciudadano... ¡Listo y simpático este ciudadano!... También podría quedarse él sólo con los quinticos y cobrarlos, pero hay que ser leal con los cómplices, porque ése sí que podría denunciarle. ¡Vamos a esperar!...

Pasa una hora, dos horas, y no regresan. Juan Antonio empieza ya a sospechar. Para calmar su impaciencia, regresa a la Agencia de la lotería y vuelve a mirar en la Lista... El recuerda el número y la fecha perfectamente. ¡Sí, sí, está premiado el número!... Espera media hora todavía; pero ya no puede más. Saca su paquetico del bolsillo interior del saco y suelta los nudos, uno a uno...

Juan Antonio fué a hacer el denuncia a la policía: "Miren que cuando volví a abrirlo no encontré sino ésto". Y lo que tenía el comisario sobre su mesa era una cartera vieja y unos recortes de papel de periódico...

Así se le fué a Juan Antonio el dinero que sacó del Banco para comprar su terrenito. A la tarde volvió al Banco, sacó otros 5.000 bolívares, y fué a ver al dueño de los terrenos. Se excusó por la tardanza, pero nada más. En el Banco y en el trayecto estuvo fijándose en la gente, pero no vió más a los dos puntos que le engañaron por la mañana. Le dolía haber perdido la plata, pero aún más el haberse dejado engañar... ¡Pero nadie más le fué a preguntar por ningún doctor!...

¿Cómo coincidían el número y la fecha del sorteo? Estaba "toqueada" la fecha. Por eso llaman "toco" al truco.